

## XVIII.

## El hombre propone.

A las nueve de la mañana del día siguiente se encontraba Jacobo en su laboratorio y Eva tocando el órgano, cuando les sorprendió un rumor que aumentaba y se acercaba por momentos.

Nada tenía de aterrador, pues se escuchaban gritos de júbilo.

Jacobo abrió la ventana y vió una multitud inmensa con banderas, música, y á la cabeza Bautista con su trompeta.

El doctor cerró la ventana y volvió á su hornillo.

Pocos minutos despues le pareció que aquella multitud se detenía delante de su casa.

La puerta del laboratorio se abrió, y apareció Eva pálida y conmovida.

—¿Qué tienes, querida mia? preguntó el doctor dirigiéndose hácia ella.

—Esa gente, esa turba, esa multitud os buscan, amigo mio.

—¿A mí? exclamó Jacobo Merrey.

—Sí; se ha detenido á la puerta: la trompeta de Bautista nos va á anunciar algo.

Y maquinalmente llevó las manos á sus oídos.

Efectivamente; Bautista tocó su acostumbrada sonata, la única que sabia.

Despues, con voz clara, solemne y acentuada, dijo:

«Se hace saber á los ciudadanos de Argenton que ha sido nombrado diputado de la Convencion el ciudadano Jacobo Merrey.»

—¡Viva el ciudadano Jacobo Merrey!

—¡Viva! repitieron mil voces.

En la escalera se oyeron pasos, y Antonio, hiriendo tres veces el suelo con el pié y pronunciando las palabras sacramentales: *Centro de verdad; círculo de justicia*, añadió:

—Todas las personas que se encuentran abajo preguntan por Jacobo Merrey.

El doctor miró á Eva.

—Es preciso que os presenteis.

Jacobo bajó, y Eva le siguió temblando.

La puerta de la calle tenía cinco ó seis escalones, de modo que, deteniéndose en el primero, dominaba el doctor á la multitud.

Cuando apareció, entonó la música la cancion popular:

«¡Dónde se puede estar mejor!...»

Bautista, que no queria estar ocioso, empezó á tocar su sonata.

Aquella zambra cesó y se repitieron los vivas á Jacobo Merrey, diputado de la Convencion.

Jacobo comprendió lo que el patriota de la vispera habia querido decir con las palabras:

—Mañana tendreis noticias mias.

Pero no habia cambiado de opinion; las sencillas y cándidas protestas de Eva le habian afirmado aun más en su resolucion.

Hizo una seña indicando que queria hablar, y todos guardaron silencio.

—Amigos mios, dijo: tengo un profundo disgusto porque no habeis dado crédito á mis palabras de ayer; mi determinacion no ha variado. Os doy gracias por el honor que me dispensais, pero no siendo digno de él, lo rehuso.

—No tienes derecho, ciudadano Merrey, gritó una voz.

—Cómo, exclamó Jacobo; ¿no tengo derecho para disponer de mí mismo?

—El hombre no se pertenece; pertenece á la nacion; replicó el que habia hablado adelantándose, y aquel que diga lo contrario será mirado como mal ciudadano.

—Soy un filósofo y no un político; un médico y no un legislador.

—Sea; como filósofo has meditado sobre la grandeza y decadencia de los imperios; como médico has estudiado las enfermedades;

por consiguiente, habrás visto que la libertad es tan necesaria para vivir como el aire para purificar la sangre en los pulmones y respirar.

—¿Cuándo empezó la decadencia del imperio romano? Y ya sabes que la decadencia moral presagia la física. Cuando los Césares se convirtieron en tiranos. Eres médico y debes creer que el pueblo es un todo inmenso sometido á las leyes del individuo, solo que los pueblos viven siglos y el individuo años; pues bien, durante esos siglos, el cuerpo social, como el cuerpo humano, padece enfermedades que es preciso cuidar y curar; los legisladores no necesitan ser médicos, pero los médicos pueden ser legisladores.

Ha dicho Ciceron que si un miembro se gangrena es preciso cortarlo para salvar el resto del cuerpo. Acepta el poder que te ofrecen, Jacobo Merey: toma la lanceta, el bisturí y la sierra, que en la córte hay trabajo para los médicos y los cirujanos.

—Como cirujano, está tomada la plaza; contestó Jacobo contrariado; teneis allí un sangrador terrible, que se llama Marat; con él hay bastante, lo aseguro.

—Ni con la lanceta, ni con el bisturí, ni con la sierra quiere sacar sangre Marat, sino con el hacha; he hablado de un cirujano, no de un verdugo.

—Cuando necesiteis mi presencia allá, iré; replicó Jacobo con la tristeza de aquel que contesta á justas razones con evasivas. ¿No teneis allí á Sieyes, que es la lógica; á Vergniaud, que es la elocuencia; á Robespierre, que es la integridad; Condorcet, la ciencia; Danton, la fuerza; Petion, la lealtad, y Roland, el honor? ¿Qué haría yo, infeliz luciérnaga, entre tantas antorchas?

—Harás tu deber, al que hoy estás faltando. Jacobo Merey, no te ha concedido Dios la inteligencia despejada y el saber profundo para que lo escondas en el centro de una provincia, cuando Paris, la cabeza de Francia, trabaja por su libertad; todas las capacidades están llamadas á ayudarle en su empresa; ¿no ves que la voluntad divina impulsa y centraliza en Paris todos los ingenios que vejetaban en las provincias? La Asamblea nacional ha proclamado los derechos del hombre; la Constituyente, la soberanía del pueblo.

A la Convencion le queda algo grande que proclamar; tú puedes ser de aquellos que griten á la faz del mundo: «Francia es libre» ¿y rehusas? Jacobo Merey, escucha; pasas rozando con una gloria inmortal como el ciego al lado de un tesoro. Jacobo Merey, la Francia, que te honraria, te desprejará; podia bendecirte y te maldecirá.

—¿Y tú quién eres, que te obstinas en doblegar mi voluntad?

—Soy tu colega Hardonin, electo al mismo tiempo que tú en Chateauroux, y que contaba sentarme al lado tuyo en los bancos de la Convencion, apoyarte ó combatirte tal vez.

—Pues bien, Hardonin, perdóname tú é implora mi perdon de aquellos que nos escuchan: un motivo secreto, una causa que debo ocultar, más importante todavía que las que has mencionado, me encadena á este sitio.

Hardonin subió los escalones que le separaban de Jacobo.

—Esa causa, le contestó en voz baja, sé cuál es; amas, corazón cobarde, y sacrificas á un amor insensato tu país, tu honor y tus compatriotas. Cuidado, Jacobo; ese amor es una falta, y Dios te castigará por tu pasión.

Merey no le escuchaba; tenia la vista fija en una callejuela que unia el centro de la poblacion con su casa.

Por ella venia un grupo de tres ó cuatro personas, si grupo puede llamarse los que caminan de dos en dos y á cierta distancia.

Los que se veian delante eran el Sr. de Charelet, á quien empezaban á llamar ex-señor; y el subdelegado con su banda, señal de autoridad.

Las otras dos personas eran José el leñador y su madre, los que manifestaban en su rostro la falta de voluntad con que caminaban.

Era la fuerza la que les conducia.

Sin duda se dirigian á casa de Jacobo, porque el comisario se la mostraba al Sr. de Charelet.

El doctor los veia acercarse con inquietud devoradora: sentia que la tempestad se cernia sobre su cabeza, que el aire estaba cargado de electricidad y que retumbaban los truenos.

La multitud abrió paso al comisario, pero acogió con murmullos al Sr. de Charelet.

El comisario se dirigió en línea recta hacia el doctor, y le dijo con voz grave:

—Ciudadano Jacobo Merrey; te intimo en nombre de la ley, bajo las penas que marca el Código para los culpables de secuestro de menor, que entregues en el acto al ciudadano Félix Adriano Prospero de Charelet la niña que hace seis años te confiaron José Blangy y su madre para que, como médico, atendieras á su curacion, y de la cual eran depositarios, y que se llama Elena de Charelet.

Un grito desgarrador se oyó detrás del doctor.

Era Eva, quien habia escuchado la notificacion hecha á Jacobo, el que la sostuvo en sus brazos para que no cayera desmayada al suelo.

—¿Es esa la niña que habeis entregado hace seis años ó siete al doctor Jacobo Merrey? preguntó el comisario dirigiéndose á José.

—Sí señor, contestó el leñador; aunque á la verdad hay gran diferencia entre la idiota sin forma ni inteligencia, y la señorita Eva.

—No se llama Eva, sino Elena; dijo el Sr. de Charelet.

—¡Ah! exclamó el doctor; nada conservará de mí, ni aun el nombre que la habia dado.

—Vamos, valor, sed hombre; dijo Hardonin, estrechándole la mano.

—¡Ah! tú has traído esta desgracia; gritó Jacobo desesperado.

—Te ayudaré á soportarla; contestó Hardonin.

La multitud murmuraba viendo al doctor como herido por un rayo y á Eva suspendida á su cuello y sollozando.

—Conozco, dijo el Sr. de Charelet, que los cuidados que habeis tenido por mi hija merecen recompensa, y estoy dispuesto á entregaros la cantidad que fijeis por una curacion que os hace mucho honor.

—¡Oh desgraciado! exclamó Jacobo Merrey; ¡me ofrece dinero en cambio de la hermosura, de la inteligencia, del talento! ¿No habeis comprendido que no se hace por todo el oro del mundo lo que yo he hecho, y que solo ella puede recompensarme?

—¿Recompensaros, cómo?

—Le amo, caballero, contestó Eva.

Y toda su alma, toda su pasion, el corazon, en fin, se manifestó en aquella palabra suprema.

—Señor comisario, dijo el Sr. Charelet, esto corta la discusion. Ya comprendeis que la única y última heredera de un nombre ilustre no puede casarse con un cualquiera.

A este nuevo insulto, Jacobo se estremeció de piés á cabeza, y levantó su frente contraída por la ira.

—¡Oh! amado mio, amigo mio, murmuró Eva, perdónale: no conoce sino la nobleza terrestre; no sabe lo que es la nobleza de Dios.

—Caballero, dijo Jacobo reponiéndose, aquí teneis á la señorita Elena de Charelet, que os entrego en presencia de todos. Hermosa, pura y casta, digna no de ser la esposa de un rey, ni de un príncipe, ni de un noble, sino de un hombre honrado.

—¡Oh! Jacobo, Jacobo, ¡me abandonais! exclamó Eva.

—No os abandono: cedo á la fuerza; obedezco á la ley; me inclino ante la majestad de la familia; os devuelvo á vuestro padre.

—Ya sabeis, Sr. de Merrey, lo que os he dicho con respecto á los honorarios.

—¡Basta, caballero! Argenton se ha encargado de pagar vuestra deuda nombrándome diputado de la Convencion.

—Que adelante el carruaje, Blangy.

Blangy hizo una seña, y un carruaje se adelantó; los cocheros vestian una lujosa librea, y un lacayo empolvado abrió la portezuela.

Jacobo sostuvo á Eva para bajar los escalones hasta la calle, despues la dió un beso en la frente en presencia de todos, y la entregó medio desmayada en brazos de su padre.

El Sr. de Charelet la colocó en el carruaje, se sentó á su lado y partieron al galope de los caballos.

Escipion lanzó una triste mirada sobre el doctor y siguió al carruaje.

—¡Tambien él! murmuró Jacobo.

—Ahora aceptais, ¿no es cierto? preguntó Hardonin.

La llama del talento y de la cólera brilló en los ojos de Merey.

—¡Oh! sí, dijo, acepto; ¡desdichados de los reyes que juran y faltan á sus juramentos! ¡Desgraciados de los príncipes que vuelven acompañando al extranjero contra su madre patria! ¡Desdichados los nobles á cuyos hijos dedicamos nuestra ciencia, nuestra vida, nuestro amor, que sacamos del limbo para formar criaturas dignas de arrodillarse ante Dios con una azucena en la mano, símbolo de pureza, y que por recompensa nos llaman *un cualquiera!* ¡Desgraciados de ellos! Hasta la vista, Hardonin. Gracias, ciudadanos electores; oireis hablar de mí; os lo prometo, os lo juro.

Y con un movimiento de supremo orgullo, tomando al cielo por testigo del juramento que acababa de pronunciar, entró en su casa, y allí, lejos de todos, sin testigos de su debilidad, cayó sobre la alfombra sollozando, mesándose los cabellos y exclamando:

—¡Solo, solo, solo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## SEGUNDA PARTE.

### I.

#### Una ejecucion en la plaza del Carrousel.

El sábado 26 de Agosto de 1792 llegaba á la calle de Bouloí, en Paris, la diligencia de Burdeos, la que contaba en el número de los pasajeros á Jacobo Merey, diputado de la Convencion.

La tristeza más profunda se cernia sobre Paris.

Longwy habia sido tomado á traicion, y cuando ya no hubo duda de esto, decretó la Asamblea nacional que todo ciudadano que en una plaza sitiada hablase de rendirse, consultados los testigos que hubieran oido la infame propuesta y hecha la informacion, sin más diligencias judiciales, fuese condenado á muerte.

El 24 de Agosto tomaron posesion de Longwy, en nombre del rey de Francia, los soberanos aliados.

El municipio de Paris, completamente dominado por la idea republicana, habia exigido de la Asamblea se formase un tribunal extraordinario, lo que fué aprobado, á pesar de la resistencia de Chondieu, quien habia dicho: «*Se desea organizar una inquisicion y yo resistiré hasta la muerte,*» y sin tomar en cuenta las siguientes palabras de Thuriot: «*La responsabilidad de la revolucion no es solo para Francia, sino para la humanidad entera.*»

Preciso es confesar que, durante los dias que habian trascurrido, el estado del país no habia mejorado. El velo fúnebre que le cubria cada dia era más espeso.

Los prusianos habian salido de Coblenza el 30 de Julio y con ellos